

LA FUNCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás *

La filosofía, vista radicalmente como una forma de «amor a la sabiduría», fue, por obra sobre todo de los pensadores griegos, el punto de partida y el motivo inspirador de todas las ramas del saber, las humanísticas y las científicas. A lo largo de los años, éstas se fueron desgajando del tronco inicial y delimitando un método específico. Llegó un momento en que pareció que la filosofía no tenía nada que ver con las ciencias e incluso con las letras.

Hasta la década de los sesenta la Universidad española tenía a gala ofrecer una facultad de «Filosofía y letras», que agrupaba especialidades tan diversas como filosofía, lenguas y literaturas clásicas, lenguas y literaturas modernas, pedagogía, geografía e historia, psicología... Poco a poco, los cultivadores de estas especialidades no específicamente filosóficas pusieron sumo empeño en convertirse en otras tantas facultades y subrayar el carácter propio de su método de investigación y docencia. En el caso, por ejemplo, de la Pedagogía, se cambió este título, de tan noble y expresivo abolengo, por el de «Ciencias de la Educación», lo que supone olvidar el carácter de *arte* que tiene la función educativa.

Retorno a la filosofía

Debido a este común origen de todas las áreas de conocimiento, late una nostalgia en múltiples pensadores hacia el conocimiento filosófico, y de cuando en

* Sesión del día 8 de mayo de 2001.

cuando las autoridades académicas conceden a la filosofía algún espacio en los planes de estudio. En ciertas facultades —filosofía, psicología, geografía e historia sobre todo en la rama de Arte...— se enriqueció el plan de estudios con un curso de filosofía. Esta apertura interdisciplinar, en principio muy prometedora, fue llevada al fracaso por un defecto de método. Muchos profesores de filosofía explicaron la asignatura sin tener en cuenta las necesidades propias de los estudiantes de las distintas facultades.

Tras un largo estudio del tema, estimo que ese curso de filosofía ha de concebirse y explicarse de forma adecuada a los diversos tipos de alumnos. Un curso de filosofía para futuros filólogos debe enseñar a penetrar en la quintaesencia del lenguaje. Si se explica filosofía a historiadores, ha de ponerse de manifiesto en qué consiste vivir históricamente y tener sentido histórico. A los literatos, la filosofía ha de enseñarles a penetrar en el *tema* profundo de cada obra a través del mero *argumento*. A los físicos y a los artistas ha de prepararlos para dar todo su valor y alcance a las relaciones, al orden y a la estructura. La filosofía tiene por cometido ayudar a los diferentes profesionales a penetrar en el sentido profundo de los conceptos que movilizan. Y tal ayuda no supone un desdoro para tales áreas de conocimiento, pues la filosofía no es una disciplina externa y ajena a ellas; es *la vertiente de las mismas que investiga el sentido profundo de los temas estudiados*.

De hecho, se observa que, cuando un profesional —por ejemplo de la física— es capaz de ahondar en el sentido de los conceptos que deciden la marcha de su disciplina, logra una especial excelencia en los análisis que realiza. Basta leer los escritos de físicos atómicos como Carl Friedrich von Weizsacker, Max Planck, Niels Bohr o Werner Heisenberg para ver con toda lucidez que la finura y profundidad de sus puntos de vista responden a un conocimiento filosófico de diversos conceptos básicos: realidad, relación, conocimiento, intuición, tiempo y espacio...

I

LA FILOSOFÍA Y LAS CIENCIAS DE LA NATURALEZA

Si quiere contribuir a la *formación integral* de los alumnos, el profesor de esta área debe asumir el espíritu de la investigación científica *actual* y emparar de él cuanto se estudie en clase. La Física de las partículas elementales no puede ser reducida a un mero tema del programa. *Es el punto de vista desde el cual hemos de ver toda la realidad*. La forma de contemplar la realidad que tiene la Física actual es impresionante y nos lleva a cambiar nuestro modo de pensar. Ya no podemos considerar el universo como «una gran *cosa*, compuesta de muchas cosas menores»

(Ortega). Este es un estilo *cosista* de pensar. El universo se nos aparece como una *inmensa trama de relaciones*, que constituyen todo cuanto existe, desde las partículas elementales hasta la más extensa galaxia. El concepto de *relación* cobra así una importancia decisiva. Al hacernos cargo de ello, recibimos una gran luz en orden a comprender el largo alcance de nuestra tendencia al *encuentro* y la urgencia de fundar un *Humanismo de la unidad*.

El método de la ciencia

El profesor debe explicar muy bien a los alumnos cómo, cuándo y para qué se configuró el método científico, y en qué se basa el éxito arrollador que ha tenido desde el principio hasta nuestros días. Este éxito se debe, en buena medida a su unilateralidad¹. Los fundadores de la Ciencia moderna acotaron una parcela de la realidad: la cuantificable, susceptible de ser explicada en lenguaje matemático. Tiras una piedra desde una altura y puedes calcular con precisión matemática el movimiento uniformemente acelerado que va a llevar. «... Sigán con los ojos bien abiertos —escribe el gran físico atómico C. Fr. von Weizsäcker— la trayectoria de una piedra lanzada, el fluir de un río, las órbitas planetarias en el cielo, y vivirán el mismo portento. También estas cosas de la naturaleza inanimada hacen lo que deben sin saberlo. Nosotros sabemos que sus movimientos obedecen a ecuaciones diferenciales que no podemos integrar sino en muy pocos casos, extraordinariamente simples. Ellas, en cambio, integran estas ecuaciones, de las que no saben nada, sin vacilar ni equivocarse, guiadas por su solo ser. La naturaleza no es subjetivamente inteligente, no piensa en forma matemática, pero es objetivamente inteligible, puede ser pensada de modo matemático. Y esto acaso sea lo más profundo que podemos saber acerca de ella»².

El movimiento puede ser expresado en lenguaje matemático y entra, por tanto, en el ámbito de la ciencia. Pero la meta que se quiere conseguir con un determinado movimiento no es cuantificable y expresable matemáticamente. Si, al tirar la piedra, quiero dañar a un transeúnte, mi acción adquiere un sentido determinado en la vida personal y en la social. Qué tipo de sentido es no puede deter-

¹ «... Todas las ciencias positivas se limitan a lo observable, a lo que puede definirse con definición operativa. Pero lo observable no agota el campo de lo inteligible» (F. SELVAGGI, *Filosofía de las ciencias*, Atenas, Madrid, 1955, pág. 373). «... La física es hoy la ciencia del conjunto de los fenómenos de la naturaleza, dejando a un lado vida y conciencia» (B. D'ESPAGNAT, *En busca de lo real. La visión de un físico*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pág. 215).

² Cfr. *Historia de la Naturaleza*, Rialp, Madrid, 1962, pág. 41.

minarlo la ciencia sino otra disciplina: la *Ética*. Esta debe precisar si se trata de una acción buena o mala, oportuna o inoportuna, justa o injusta. Para ello pone en juego un método propio, que ha de tener un modo específico de rigor. Al tenerlo, presenta un tipo de racionalidad peculiar, como ya indicamos anteriormente. El método científico, con sus hipótesis, sus deducciones y experimentos, es una vía fecunda y eficaz para descubrir un aspecto muy importante de la realidad. Pero otras muchas vertientes quedan al margen de sus análisis, no por incapacidad sino por exigencias del método mismo. Si alguien afirma que sólo puede aceptar aquello que puede demostrar científicamente, reduce injustamente el alcance del saber humano riguroso. No debe confundirse saber *riguroso* con saber *científico*. Este no abarca todo el campo del saber auténtico.

El estado actual de la investigación en las distintas áreas no nos permite sostener las posiciones excluyentes que suelen denominarse «cientismo». Afirmar, como Peter Atkins, que la ciencia puede iluminar las cuestiones morales y espirituales (...) elevando lo «espiritual» de (...) su posición de misterio humano a la de una propiedad de los complejos circuitos del cerebro...», y, como S. Weinberg, que «los sociólogos son los nuevos moralistas»³ sólo es posible cuando se desconocen los diversos modos de acceso a los diferentes aspectos de la realidad. Con ello no se ensalza la Ciencia, se la des-centra, se la sitúa fuera de su órbita, y se amenguan las posibilidades del conocimiento humano. Es preferible para el prestigio de la ciencia y para el bien del ser humano conceder a cada disciplina el papel que le corresponde. Así procede K. Popper: «Se puede describir la ciencia como el arte de la supersimplificación sistemática, como el arte de discernir lo que se puede omitir con ventaja»⁴. «La ciencia —escribe Fernández-Rañada— amplía inmensamente nuestro conocimiento del mundo y nos acerca a la belleza sublime de las leyes de la naturaleza. Pero, como actividad colectiva o sistema social, se mantiene al margen de las grandes preguntas que sus resultados sugieren. Esa es una tarea personal, como todo lo que atañe a la libertad, porque mantenernos abiertos a esas preguntas es lo que nos define como personas libres, al nivel más profundo, confiriéndonos una enorme grandeza, a pesar de nuestra pequeñez ante el universo»⁵.

La meta del científico es «desentrañar los mecanismos ocultos que gobiernan el comportamiento de las cosas, desde las enormes galaxias a los diminutos

³ *Apud* A. FERNÁNDEZ-RAÑADA, *Los científicos y Dios*, Nobel, Oviedo, 1994, pág. 246.

⁴ *Apud* A. FERNÁNDEZ-RAÑADA, *op. cit.*, pág. 276.

⁵ *Cfr. op. cit.*, pág. 288. El autor analiza el «cientismo» en las págs. 243 y sigs., y la posición contraria en las págs. 163 y sigs.

átomos, electrones y quarks o desde los grandes mamíferos a las moléculas del código genético, en un intento indesmayable por explicar esa realidad huidiza que llamamos mundo»⁶. Esta investigación de las partes de la realidad que se ocultan a la mirada espontánea pero dan razón de los fenómenos que observamos en la vida diaria está impulsada por el afán de ir al fundamento de cuanto existe⁷. Exige, por tanto, una capacidad de mirar penetrante, *trascendente*. El científico quiere trascender las apariencias para llegar a la verdadera realidad. Un bastón inmerso en agua *parece* estar curvado. Pero *en realidad* es recto. Esa capacidad de mirar a las raíces de cuanto acontece arranca de la admiración ante los fenómenos que sorprenden nuestros sentidos. El sol sale, recorre su órbita por encima de la tierra y se pone. ¿Por qué sucede esto? El científico, a lo largo de los siglos, ha conseguido dar razón de mil fenómenos como éste. Pero su afán de preguntar y explicar lo lleva, antes o después, a las preguntas más hondas y decisivas. Tras geniales búsquedas se fue percatando de que la naturaleza es *inteligible* por estar configurada de forma ordenada, según leyes inmutables. En todo el universo, el hombre es la única realidad inteligente, capaz de producir artefactos dotados de sentido y de una interna inteligibilidad. Pero él no ha creado ese universo. ¿De dónde procede ese poder ordenador que nos causa pasmo cuando lo observamos de cerca, tanto en lo infinitamente grande como en lo increíblemente pequeño? «Antes o después, todos se preguntan desde su física, su biología o cualquiera que sea su saber, si hay algo tras las últimas ruedas de esa ingente máquina que parece regir el universo (...). Sin duda, todos los científicos se preguntan alguna vez si existe Dios»⁸.

Por la vía que abre el método científico no es posible llegar a Dios. Por eso «la práctica de la ciencia ni empuja hacia la fe ni aleja de ella»⁹. Pero esto no indica que la investigación científica sea del todo independiente de la Religión y de otras disciplinas que estudian al hombre, por ejemplo la Ética. Eminentes científicos actuales, como Planck, Einstein y Heisenberg, subrayan el papel decisivo que juega en la investigación científica la creencia en un orden universal. Lejos de la prepotencia de otras épocas, la ciencia se halla actualmente abierta a otros tipos de investigaciones que estima necesarias para un conocimiento integral de la realidad. Esta actitud integradora es promesa de óptimos frutos. Por eso conviene mucho fomentar ya desde las aulas la capacidad de *integración*, frente a

⁶ Cfr. A. FERNÁNDEZ-RAÑADA, *op. cit.*, pág. 19.

⁷ El objeto de la ciencia moderna es el estudio de las «interrelaciones últimas» (W. HEISENBERG, *Más allá de la física*, BAC, Madrid, 1971, pág. 130).

⁸ Cfr. A. F. RAÑADA, *op. cit.*, pág. 19.

⁹ Cfr. A. F. RAÑADA, *op. cit.*, pág. 14.

una difundida tendencia a escindir aspectos de la realidad malentendidos como opuestos¹⁰.

Por fortuna, ningún profesional debe sentir complejo de inferioridad ante quienes cultivan alguna rama de la ciencia. Si procede con el debido rigor en su área, obtiene conocimientos *válidos*, tan válidos en su campo como los científicos. Aceptar la legitimidad de las diferentes vías de acceso humano a los diversos aspectos de la realidad significa enriquecer la vida del hombre, ampliar su horizonte, dotarlo de dignidad. Actualmente, el secular aislamiento autosuficiente de buen número de científicos está siendo sustituido por una creciente estima de las disciplinas que estudian la realidad en toda su amplitud y radicalidad, como es por ejemplo la filosofía. Es sintomático el caso del gran biólogo Hans Driesch, que, tras sus decisivas investigaciones sobre el «entorno» (Umwelt, milieu) de los animales, se consagró a los estudios filosóficos. La atención prestada por los eminentes físicos W. Heisenberg y C. Fr. von Weizsäcker a la reflexión filosófica está lejos de ser una ocupación secundaria en su labor investigadora.

Según indicamos, el investigador de las partículas elementales y profesor en California y Londres, Fritjof Capra, concibe la *Ecología*¹¹ como un cambio en el estilo de pensar y en toda la actitud espiritual del hombre. Otro físico atómico contemporáneo, Bernard D'Espagnat, subraya la necesidad de abrirse a la «realidad velada» —el Ser, en lenguaje filosófico—, que se halla más allá del conjunto de los fenómenos que estudia la física¹². Sólo así logrará el hombre actual —a su juicio—

¹⁰ «Según estos autores (Maritain, Scheuer, Renoirte...) —escribe F. Selvaggi—, la física moderna no investiga lo inteligible sino lo sensible; no el noúmeno, sino el fenómeno; no la sustancia, sino los accidentes; no la esencia, sino la medida; no la causa, sino la ley; no la explicación, sino la descripción». «Esa interpretación de las ciencias, no obstante la autoridad de sus defensores, nos parece fundamentalmente errada. En primer lugar, porque las oposiciones que se dice que hay (...) entre inteligible y sensible, entre fenómeno y noúmeno, etc., son filosóficamente insostenibles; nacen de la oposición entre razón y sentido (...). Mérito fue de Aristóteles el haber realizado, con la doctrina de la forma en metafísica y de la abstracción en lógica, la síntesis no de los opuestos, sino de *los aspectos complementarios de la realidad*. La investigación positiva de uno de estos aspectos no excluye el otro, antes es un camino para alcanzar el otro: en lo sensible percibimos lo inteligible, en el fenómeno el noúmeno, a través de los accidentes definimos la sustancia, con la medida y la ley descubrimos la esencia y la causa; la descripción, pues, no se opone a la explicación, sino que es un camino que nos lleva a ésta». *Cfr. Filosofía de las ciencias*, Atenas, Madrid, 1955, págs. 376-377; *cfr.* asimismo, págs. 220-224; E. FROMM, *Patología de la normalidad*, pág. 122.

¹¹ *Cfr. El punto crucial: Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Integral, Barcelona, 1986.

¹² «... La verdadera aportación básica de la física contemporánea remite por completo a la dicotomía que, en sus profundidades, parece tender a imponerse irremediabilmente entre el ser y el objeto, o entre la realidad y los fenómenos». «... Los sentidos, el método experimental, incluso ayudados por la teoría, no pueden aclararnos con certeza aquello que se refiere a *lo que es*». (*Cfr. En busca de lo real. La visión de un físico*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pág. 216).

superar el papel de «técnico» u *homo faber* y lograr su plena naturaleza de *homo sapiens*¹³.

En esta línea de *superación de fronteras* se mueven hoy diversos médicos psiquiatras. «En la formación del terapeuta han de colaborar otras manifestaciones de la cultura viva, además de la psicología: la literatura, el arte, la antropología, la sociología serán necesarias»¹⁴.

En su libro *Computer Power and Human Reason (El poder de los computadores y la razón humana)*, el gran experto en informática J. Weizenbaum muestra, en lenguaje emotivo, la peligrosidad que encierra «el imperialismo de la razón instrumental», dominadora, para la cual no hay más verdad que la que podemos obtener de realidades simples y claras, quedando las otras relegadas al campo de lo irracional. Si se limita excesivamente el ámbito de la razón, puede sobrevenir la muerte de la auténtica cultura»¹⁵.

Estos testimonios, fácilmente multiplicables, nos revelan que cada día se adopta con mayor decisión, entre científicos y médicos, una *actitud abierta* ante el conjunto de la realidad y las disciplinas que estudian sus diversas facetas. Esta apertura de horizontes responde a la capacidad de la ciencia actual de ver la naturaleza como algo *relacional*, interaccional. Tal forma de contemplar el universo nos llena de asombro cuando nos adentramos en ella y la asumimos como propia. Es de celebrar este cambio, que viene a superar por elevación la resistencia a reconocer que el conocimiento científico, por brillante y eficaz que sea, no tiene acceso a *toda la realidad*¹⁶.

Visión de la realidad en la Física actual

Cuando asumimos los resultados de la Microfísica y la Astronomía, sentimos una especie de zozobra intelectual, nos parece entrar en un mundo fluido, evanescente, carente de la necesaria consistencia para sentirnos amparados. Una vez

¹³ *Cfr. op. cit.*, pág. 204.

¹⁴ *Cfr. J. ROF CARBALLO y JAVIER DEL AMO, Terapéutica del hombre. El proceso radical del cambio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1986, pág. 166.

¹⁵ *Cfr. op. cit.*, Freeman & Co., Nueva York, 1976.

¹⁶ Rof Carballo insiste en la necesidad de cultivar el hemisferio cerebral derecho para complementar —mediante la intuición, la creatividad, la emotividad...— la capacidad de cálculo propia del hemisferio izquierdo. *Cfr. op. cit.*, pág. 58 y *passim*; *Fronteras del psicoanálisis*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1972.

que acomodamos nuestra mente a esta nueva concepción de la realidad, observamos entusiasmados que hemos accedido a un nuevo modo de pensar y de ver, y la vida humana se nos presenta como algo grandioso. Lo ha visto así el físico canadiense Henri Prat: «Si hacemos una vez el esfuerzo de reflexionar sobre la verdadera complejidad del espacio que nos rodea, y *del que formamos parte*; si hemos comprendido que en él debemos incluir no sólo las tranquilizantes dimensiones euclidianas, sino el tiempo y la energía en sus múltiples formas, los campos de fuerza, la materia, la información¹⁷, etc., no podemos ya sentirnos nunca más “como antes”: confortablemente asentados (...) sobre un suelo inmóvil, al hilo de un tiempo que transcurre plácidamente. Comprendemos que, en realidad, estamos inmersos en un torbellino de energía, de materia y de vida en ebullición, sobre una nave espacial gigantesca (el planeta tierra), lanzada velocísimamente por el Universo; que no somos sino partículas ínfimas y muy relativamente autónomas de este espacio multidimensional. (...) En esto consiste el gran salto actual hacia lo desconocido: el paso brutal del pequeño acerbo de conocimientos estables y bien etiquetados de nuestros abuelos a la cegadora explosión de la ciencia contemporánea; a la adquisición de fuerzas prodigiosas, de un dominio ilimitado de la naturaleza, de la apertura al espacio cósmico. Con todo lo que esto implica de magníficas posibilidades pero también de riesgos de catástrofes si, en el gran cerebro del “mono desnudo”, la ingeniosidad prevalece sobre la inteligencia, la violencia sobre la armonía, y el odio sobre el amor»¹⁸. Es impresionante pensar que, en el fondo, todas las realidades terrestres venimos a ser un torbellino de energías estructuradas, que cabalgamos sobre una enorme bola de energía que gira en torno a otra mucho más voluminosa, en la cual la fusión atómica produce altísimas temperaturas, y gira, a su vez, en relación a otros astros formando parte de los millones de sistemas solares que se extienden por espacios de extensión inimaginable...

Por la fuerza misma que implica el modo de ser del universo estudiado hasta sus últimos reductos, la investigación física actual nos lleva a *un cambio de mentalidad, de estilo de pensar*. El modo de pensar «cosista» u «objetivista» no puede dar razón de los nuevos descubrimientos. Hoy la investigación física no ve la realidad como una especie de inmensa caja china, dentro de la cual se hallan cajas cada vez más pequeñas. Las más diminutas serían los átomos, y dentro de ellos las últimas partículas a las que se puede hoy tener acceso. La física de las partículas elementales no interpreta éstas como cuerpos pequeñísimos, sino como «eventos»,

¹⁷ «Información» significa aquí «in-formación», configuración, donación de «forma» o estructura, entendida como principio de realidad y eficiencia.

¹⁸ Cfr. *L'espace multidimensionnel*, Les Presses de l'Université de Montréal, Montréal, 1971, pág. 11.

acontecimientos, algo que aparece y se desvanece en tiempos mínimos. Un protón y un electrón no ocupan espacio, no son cosas permanentes, son centros de eficiencia o de acción transespaciales, inmateriales, intuitivos. «Las partículas elementales son más bien un mundo de tendencias o posibilidades que un mundo de cosas y de hechos»¹⁹. Los eventos espontáneos e instantáneos que aparecen como chispas en milésimas y hasta millonésimas de segundo en la pantalla fluorescente que utilizan los investigadores para hacer visibles las apariciones microcósmicas no son divisibles como cosas corpóreas o corpúsculos. Esas energías primarias son «un primer asomo, potencial aún, de estructura, es decir, de forma (*no sustancial todavía*)»²⁰. «Las partículas elementales no adquieren sus propiedades en virtud de una *estructura intrínseca* —en ese caso, serían elementos *compuestos*—, sino por estar incrustadas en el *orden superior* de las llamadas “*leyes de cuadro*” (“*Rahmengesetze*”), que relacionan a dichas partículas entre sí (...)»²¹.

Al relacionarse esas energías primarias entre sí, dan lugar a las diversas formas de realidad física. «... La materia no es más que energía “dotada de forma”, *informada*; es energía que ha adquirido una estructura. La destrucción parcial de esta estructura desencadena torrentes de energía hasta entonces tenida en reserva sabiamente en los pequeños edificios, más o menos estables, que son los átomos»²². Una estructura es un conjunto ordenado de relaciones. Una relación es el ingrediente mínimo de una estructura. «Tan sólo la concatenación de un complejo de *relaciones* es capaz de dar “cuerpo real”, por decirlo así, a los acontecimientos elementales, que *se realizan gradualmente*, en un orden rigurosamente jerárquico, emergiendo de las actualizaciones primarias y ascendiendo a través de las estructuraciones que forman el orden atómico, el orden molecular, el orden cristalino, hasta las formas intuitivas que somos capaces de percibir. O expresado a la inversa, de modo negativo: en la naturaleza *no* se da una existencia aislada. Un electrón o un protón sólo, desprovisto de su campo de coexistencias, resultaría al mismo tiempo despojado de todo sentido no sólo físico sino también óptico. Para que haya realizaciones elementales y (...) distendido por ellas, un medio espacio-temporal, es condición necesaria el presupuesto de relaciones preexistentes. Los conceptos de *relación* (...) y de *estructura* (...) vienen a figurar, cada vez más, en el primer lugar y rango de las categorías científicas. Se impone la primacía de la totalidad e integración mutua sobre sus constituyentes»²³. «... Todas las “*cualidades*” que adscribe

¹⁹ Cfr. W. HEISENBERG, *Physik und Philosophie*, Ulstein, Francfort, 1961, pág. 118.

²⁰ Cfr. W. STROBL, *Introducción a la filosofía de las ciencias*, Revista Estudios, Madrid, 1951, pág. 191.

²¹ Cfr. W. STROBL, *op. cit.*, pág. 80.

²² Cfr. H. PRAT, *op. cit.*, pág. 15.

²³ Cfr. W. STROBL, *op. cit.*, págs. 67-68.

la física a las partículas elementales —masa, niveles energéticos, estados cuánticos, carga eléctrica, carga nucleónica o número barónico, "spin" e "isospin", paridad...— son conceptos *relativos*; mejor, *relacionales*.²⁴

Los seres del universo, vistos como «nudos de relaciones» o «hiperespacios»

Lo que llamamos *materia y vida*, con su variedad inagotable de formas y manifestaciones, está constituido en el fondo por despliegues de energía, configurada de modos diversos en el espacio-tiempo. «Partículas, materia (átomos), campos de fuerza (atracciones, repulsiones), luz, espacio, tiempo, velocidades, aceleraciones, masas (inercia), presiones, temperaturas, densidades, etc.; todas estas expresiones no son sino aspectos derivados de estos dos elementos fundamentales: la *puesta en forma de la energía*»²⁵.

Este origen común de los seres explica: 1) que haya una profunda unidad entre la sustancia que nos constituye a nosotros y la que da cuerpo a las realidades que nos rodean y hacen posible nuestra vida; 2) que todos los seres tiendan a vincularse con otros y formen una especie de «campos de realidad» complejos. H. Prat los denomina «hiperespacios», término cuyo sentido se corresponde en buena medida con el de «ámbito». Si un niño te pregunta lo que es un pez, señalas hacia uno de esos silenciosos seres que se deslizan blandamente por el agua y dices: «Eso es un pez». Tu respuesta es muy incompleta; sugiere que la realidad llamada «pez» es algo perfectamente delimitado, como lo es una cosa. Pero un pez es todo un *campo de realidad*, que implica una serie de factores, relativos al *espacio* (longitud, latitud, profundidad), al *tiempo* (estación del año, fecha, hora), a la *energía* (radiaciones, longitudes de onda), a la *materia* (vientos, nubes, precipitaciones, olas, corrientes, gases disueltos, sales ionizadas, bacterias, virus, algas, animales). El pez flota, como un astronauta, en este espacio multidimensional, que es el suyo y a él se ajusta perfectamente merced a los prodigiosos aparatos sensoriales que tiene en su línea lateral, a través de los cuales percibe las menores variaciones de las cualidades del océano: gases, sales, presión, campos eléctricos, etc. El pez constituye un sistema «hiperespacial» (ambital) *cerrado y abierto* al mismo tiempo; independiente del medio en que se halla inmerso y, a la vez, en interacción con él²⁶.

²⁴ Cfr. *op. cit.*, pág. 80.

²⁵ Cfr. H. PRAT, *op. cit.*, pág. 147.

²⁶ Cfr. H. PRAT, *op. cit.*, pág. 23.

Conviene sobremanera que el alumno se habitúe a determinar los factores que integran un «ámbito» o «hiperespacio»; por ejemplo, el de un submarino, un avión, una nave espacial... En todos ellos hay diversos factores (relativos al espacio, al tiempo, a la energía y a la materia) que determinan el tipo especial de ámbito o campo de realidad que denominamos con esos nombres. Un *submarino* no se lo puede entender como tal si no está vinculado con la presión, la salinidad, las corrientes, el campo magnético, la temperatura, etc.

Nuestro organismo constituye, asimismo, un «hiperespacio» o ámbito dentro de otro «hiperespacio» envolvente —el entorno— al cual se opone para mantener su independencia, y del cual necesita para alimentarse, mantener su actividad energética, crecer y reproducirse. Nuestra persona muestra también estas dos condiciones: es independiente del entorno cultural y realiza intercambios con él para nutrirse espiritualmente. Al transmitir sus conocimientos a otras personas, realiza una especie de «reproducción» espiritual, porque de alguna forma «engendra» hijos espirituales en cuanto modela su personalidad.

Un cristal que crece dentro de una solución salina sobresaturada se comporta en cierto modo como un ser vivo. De nuevo nos encontramos con dos ámbitos distintos y tensionados entre sí. La configuración del cristal es totalmente distinta de la del medio exterior. Todos sus átomos están ordenados de forma perfecta, mientras las moléculas del medio están desordenadas.

En todos estos ejemplos queda patente que lo decisivo en la formación de un ser es la «configuración» o con-formación, que opera de forma «contagiosa». Un germen de configuración transmite su poder configurador al entorno, sea un germen cristalino, o una protoestrella o un impulso cultural... Un pueblo constituye un *espacio multidimensional* bien configurado frente a los pueblos que forman su entorno vital, como el medio ambiente lo está respecto al ser vivo y la solución salina respecto al cristal. Lo decisivo en todo pueblo es su grado de configuración interna, su «campo unificador». Su energía vital pende de la unidad interna y de los tipos de unión e intercambio que establece con el entorno. Al faltar esa capacidad de unión, sobreviene la disolución total y la muerte. Cuando hay factores configuradores, el orden sucede al caos, la prosperidad a la miseria, la fuerza a la impotencia.

Es decisivo para nuestra formación integral descubrir que el nacimiento, desarrollo y declive de los seres está regido por esta ley universal: *toda realidad debe tener en sí un «principio unificador» que mantenga su independencia al tiempo que lo relaciona activa y receptivamente con su entorno.* Es una *norma* que se

observa en la vida de un hombre y en un imperio, en una estrella y en una colonia bacteriana, en un animal y en una escuela artística, en un lenguaje y en un palacio, en un tema musical y en una dinastía, en un ciclón y en una guerra, en una moda y en una civilización... Figúrense la importancia que reviste para un joven darse cuenta de que su afán de independencia es legítimo, por responder a una necesidad de su ser, pero sólo es fecundo si se coordina con la vinculación al entorno, forma de unión activa que aúna el dar y el recibir posibilidades. El cultivo del narcisismo egoísta por parte de personas particulares o de pueblos enteros va contra corriente de la investigación actual más cualificada en todas las áreas. El «nacionalismo» exclusivista y agresivo respecto a los pueblos vecinos constituye un fenómeno tumoral dentro del tejido de la cultura contemporánea, porque supone un conglomerado de células muertas, ya que sólo hay vida donde se coordina la independencia con la interacción solidaria. Nada extraño que haya sido fuente de innumerables daños a lo largo de la historia.

Todos los seres vivos deben en cierta medida enfrentarse al entorno para sobrevivir. Pero ese enfrentamiento tiene una finalidad constructiva. Así, los pueblos han de contrastarse, pero no oponerse; han de reconocer que son distintos, pero no necesariamente distantes, extraños y hostiles. Si ponen en juego su capacidad creativa y se relacionan con fines constructivos, logran una armonía mil veces más fecunda que las ganancias inmediatas que se derivan de la agresividad. En la vida hemos de ser combativos, no diluirnos blandamente en el entorno, mantener la propia personalidad, pero esa combatividad no debe perseguir la anulación del otro, sino una eficaz colaboración tensionada.

El orden preestablecido en el universo orienta a los investigadores

La ciencia moderna ha surgido y se ha desarrollado gracias a la adivinación, por parte de los investigadores, de que el mundo está configurado conforme a un orden inalterable, en lo infinitamente pequeño y en lo inmensamente grande. Albert Einstein lo expresó con palabras no exentas de emoción: «Es aquí —en este esfuerzo por unificar racionalmente la multiplicidad de elementos— donde la ciencia alcanza sus más grandes éxitos (...). Pero cualquiera que haya experimentado la intensa satisfacción que produce todo avance logrado en este campo siente una profunda reverencia por la racionalidad que se pone de manifiesto en todo lo que existe. Con esta comprensión consigue liberarse en gran medida de los embates de sus propios deseos y temores personales adoptando con ello una actitud de humildad mental frente a la grandeza de la razón encarnada en la existencia, y que en

lo más hondo de sus profundidades resulta inaccesible al ser humano. Ahora bien, esta actitud, a mi modo de ver, es una actitud religiosa en el más alto sentido de la palabra. «Aunque es cierto que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional. De no haber estado dotada esta convicción de una fuerte carga emocional, y de no haber estado inspirados en su búsqueda por el *amor dei intellectualis* de Spinoza, difícilmente habrían podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devoción, única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas»²⁷. Einstein consagró su talento durante treinta años a la tarea de buscar una formulación unificada de la gravedad y el magnetismo. Se mantuvo fiel a su propósito, considerado por todos como inviable en ese momento, merced a la fe que tenía en la unidad y el orden de la naturaleza. Sus hallazgos fueron decisivos para la actual física de las partículas elementales²⁸.

En la misma línea, M. Planck afirma que Kepler se mantuvo fiel a su investigación científica, a pesar de mil avatares, merced a su «fe profunda en la existencia de un plan definido detrás de la creación entera»²⁹. Esta idea la expresó, asimismo, Heisenberg de forma muy bella en diversos pasajes de sus obras³⁰.

Relación entre la mente y la realidad

Este orden admirable que vamos descubriendo entre los seres del universo se da también entre la mente humana y la realidad. El matemático comienza ins-

²⁷ Cfr. HEISENBERG y otros, *Cuestiones cuánticas*, Kairos, Barcelona, 1987, pág. 170. Para Kepler y Maxwell, las leyes naturales eran objeto de contemplación religiosa. Cfr. W. HEISENBERG, *Más allá de la física*, págs. 240-242; A. FERNÁNDEZ-RAÑADA, *op. cit.*, pág. 182. Véase el texto de Kepler transcrito por LAÍN ENTRALGO y LÓPEZ PIÑERO en el *Panorama histórico de la ciencia moderna*, Guadarrama, Madrid, 1963, págs. 465-472.

²⁸ Cfr. A. FERNÁNDEZ-RAÑADA, *op. cit.*, pág. 232. El autor aduce testimonios muy elocuentes de grandes figuras de la ciencia, entre ellas los Premio Nobel R. Feynman y Ch. H. Townes. Este último, descubridor del máser y el láser, afirma que los campos de la ciencia y la religión «son actualmente mucho más similares y paralelos de lo que nuestra cultura supone», pues «la fe es esencial para un científico, que siempre debe estar comprometido íntimamente con la creencia en que hay orden en el universo y en que la mente humana puede entenderlo». Cfr. *op. cit.*, págs. 231-232. Ese orden es el que hace *inteligible* la realidad al hombre, lo cual supone un prodigio que nunca admiraremos bastante.

²⁹ Cfr. *Cuestiones cuánticas*, pág. 212.

³⁰ Cfr. *Más allá de la física*, BAC, Madrid, 1971, pág. 240.

pirándose en la realidad para llevar a cabo sus primeras operaciones, pero pronto se eleva a un nivel de abstracción. En este nivel, aparentemente desligado de la realidad concreta, configura toda suerte de estructuras lógicamente articuladas, y más tarde observa que le sirven para comprender la estructura de la naturaleza, que «está escrita en lenguaje matemático» (Galileo).

En principio, la mente humana se nos presenta como autónoma, capaz de operar en solitario, pero, al inmergirnos en el trabajo de conocer a fondo cómo está constituida la realidad, descubrimos que mente y realidad se hallan en sintonía, como si hubiera un plan de ordenación conjunta del universo. Es muy conveniente que el alumno se haga cargo personalmente de esta enigmática adecuación entre mente y realidad, que hace del universo un auténtico «Cosmos», un conjunto ordenado. Para ello conviene que perciba la profunda emoción que embargó a Descartes y a Fermat al inventar la *Geometría analítica* —que permite pasar de una figura a su ecuación, y viceversa—, y a Leibniz y Newton al poner las bases del «cálculo infinitesimal», que hizo posible a la mente humana estudiar racionalmente fenómenos de la naturaleza que parecían evadirse a todo control intelectual preciso. El hecho de que hoy hablemos de «ciencias físicas matemáticas» —sin y intercalada— indica de por sí el profundo vínculo, no por enigmático menos real, que une la mente y la realidad³¹.

Nada más fecundo para la formación que despertar en los jóvenes la capacidad de *asombro* ante la grandeza sorprendente de mil aspectos de lo real. Esa labor se orienta en sentido contrario al *reduccionismo*, pues su meta es enriquecer la concepción que uno tiene de cada uno de los modos de realidad, y no depauperarla. El empobrecimiento dificulta o incluso anula del todo la posibilidad del encuentro. El enriquecimiento la incrementa. A través de los estudios de Biología, un profesor avezado puede despertar en los alumnos un sentido de admiración profunda hacia lo que implica la vida, el hecho de que existan seres capaces de tener independencia respecto al medio, ejercer un tipo específico de control sobre él al tiempo que reciben del mismo cuanto necesitan para pervivir. Hay que evitar que el alumno dé por consabido todo cuanto lo rodea, debido a su contemplación reiterada desde la niñez. Justamente, una de las tareas básicas de todo profesor-educador es avivar la capacidad de *sorpresa ante lo cotidiano*, que es el *principio de la sabiduría*.

Las consecuencias éticas de esta *instalación en el asombro* son insospechadas. Si un joven llega a sentir admiración ante lo que es e implica un árbol, un

³¹ Cfr. B. D'ESPAGNAT, *En busca de lo real*, pág. 206.

bosque, un campo en flor..., experimentará un dolor casi físico ante el deterioro del paisaje y extremará sus cuidados con la naturaleza en torno. El que se abra al enigma prodigioso del ser humano se guardará muy bien de pensar o expresarse de forma superficial o frívola cuando se refiera a la vida naciente o declinante.

Relación entre teoría y práctica

Al hilo del estudio de las Ciencias de la Naturaleza resalta la estrecha y fecunda vinculación que existe entre lo que suele llamarse «teoría» y «práctica». Esta *distinción*, cuando se malentiende como *escisión*, provoca graves daños a la vida humana, porque no hay actividad concreta que se ajuste a la realidad y sea, por tanto, fecunda si no va orientada por un análisis «teórico» de la cuestión. El término «teoría» procede, en griego, del verbo «ver», muy relacionado con el verbo «pensar». Ver algo con claridad es conocerlo profundamente. La actividad teórica no está de por sí alejada de la práctica. Es su más fiel aliada, la base sobre la que opera. En toda actividad humana bien orientada y realizada se da un influjo mutuo —una especie de *feed back*— entre lo teórico y lo práctico, como veremos al hablar de la Tecnología.

Por este motivo, la formación integral de los jóvenes requiere una clarificación teórica muy aquilatada de lo que es la realidad en general y, muy en concreto, la realidad humana. De ahí la necesidad de ponerlos al tanto de los cambios que se van operando en la manera de concebir el ser humano y su forma de desarrollarse. El gran biólogo A. Portmann, al comienzo de su trabajo sobre «la nueva imagen del organismo», advierte que la idea que tengamos de la vida influye en nuestra actividad, y las investigaciones teóricas sobre los procesos nucleares del organismo pueden traducirse en actuaciones sobre la persona humana tan fecundas como erizadas de riesgos³². «Cada nuevo conocimiento —escribe el físico W. Gerlach— amplió en medida proporcional nuestra visión del macro y microcosmos. Ese nuevo saber acerca del mundo cambió nuestra visión espiritual del mundo en el que vivimos y, consiguientemente, la cosmovisión según la cual vivimos, así como nuestra situación en el espacio material en que desarrollamos nuestra existencia»³³. En la misma línea que estos grandes científicos, el filósofo X. Zubiri subrayó en *Sobre el hombre* que «en el fondo de toda moral lo importante no es el sistema de deberes que la sociedad determina; lo que importa es la idea que se tenga del hombre»³⁴. Este texto figura como lema al comienzo de la Introducción

³² Cfr. *Die Welt in neuer Sicht*, págs. 24-25.

³³ Cfr. *op. cit.*, págs. 5-7.

³⁴ Alianza Editorial, Madrid, 1986, pág. 425.

porque es decisivo hacerse cargo de que la *formación integral* de los jóvenes no puede conseguirse mediante el estudio de unos cuantos temas, por bien seleccionados y explicados que estén; exige que los formadores tengan una *idea cabal del hombre*, no depauperada por prejuicios y malentendidos, sino enriquecida por las aportaciones de la investigación más cualificada en todos los órdenes del saber: el científico, el filosófico, el artístico, el deportivo, el teológico³⁵...

II

LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA

La vida del hombre es histórica en todos sus aspectos. También debe serlo nuestra forma de pensar, sentir y querer. Pero *histórico* no significa sólo *decurrente*, sometido al fluir del tiempo. Un ser histórico domina el pasar del tiempo, lo sobrevuela, y aún de forma eficaz el pasado, el presente y el futuro. De nuevo nos sale al paso la necesidad de pensar relacionamente a fin de hacer justicia a la riqueza de la realidad, de nuestra misma realidad³⁶.

El alumno de Historia debe aprender muy pronto a distinguir modos de temporalidad diferentes: el *físico* —marcado por el reloj y el calendario conforme al movimiento de los astros—; el *psicológico*, el modo lento o rápido de sentir el hombre la marcha del tiempo; el *creativo*, que es instaurado en las obras de arte y literatura. Cuando interpretas una obra musical, no atiendes al tiempo del reloj sino a la necesidad interna que tiene la obra de discurrir según cierto *tempo*, de conceder a cada nota una duración mayor o menor...

De estas tres formas de temporalidad se distingue la *histórica*. En la vida cotidiana suele contraponerse o incluso oponerse el pasado, el presente y el futuro. El pasado es lo ya acontecido; el futuro, lo que todavía no se dió; el presente, lo que en este momento está ocurriendo. Si damos por hecho que estos momentos de la temporalidad se oponen, cerramos la vía para comprender la historia y nuestra propia vida como realidad histórica. El tiempo histórico hemos de verlo en el plano de la creatividad, no en el de la mera sucesión. En ese plano, el pasado, el presente y el futuro se hallan estrechamente vinculados. El pasado histórico no

³⁵ Es bien sabido que, sin un conocimiento un tanto aquilatado de lo que es la experiencia religiosa, nadie —ni creyentes ni agnósticos— puede entender a fondo buena parte de la historia de la cultura, que es la génesis de cuanto somos cada uno de nosotros como personas y como seres sociales.

³⁶ Sobre el carácter «reversible» de las experiencias históricas, *cfr.* mi obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid, 1999, págs. 429-431.

abarca todo lo ya acontecido, sino aquello que, habiendo sucedido, sigue vigente en la actualidad en cuanto nos ofrece posibilidades para actuar con sentido y eficacia. El futuro no es cuanto está por venir, sino aquello que proyectamos desde el presente mediante las posibilidades que tenemos y que en parte han sido facilitadas por el pasado. Cada generación transmite un elenco de posibilidades a la siguiente. Esta debe asumir activamente esas posibilidades para crear con ellas algo nuevo valioso, que abre nuevas posibilidades que transmitir a las generaciones venideras. Como ya vimos, *transmitir, entregar* se dice en latín *tradere*, de donde se deriva *traditio*. La tradición, bien entendida, es el conjunto de posibilidades que hacen viable el dinamismo creador de los hombres del presente. Leonardo da Vinci tenía potencias eminentes: agudeza sensorial, inteligencia despierta, imaginación creadora, capacidad de trabajo..., pero no pudo realizar su sueño de volar. Le faltaban las posibilidades necesarias para ello. Su sociedad no las había recibido de las generaciones anteriores. Cuando un joven actual acude a una academia de aviación, recibe de la sociedad a la que pertenece un elenco de posibilidades que, unidas a sus potencias, le harán posible realizar el acto creativo de pilotar, crear con el avión un entreveramiento fecundo y dar lugar al *ámbito* que es un *avión-en-acto-de-ser-pilotado*.

Entendida así la historia, queda patente que el *sujeto* de la misma no es la persona individual, sino la sociedad a la que pertenece, que es la que asume las posibilidades que le ofrecen las generaciones anteriores y la que transmite otras a las siguientes³⁷. Entre tales posibilidades figuran los *proyectos*, los *ideales*, las *interpretaciones de la vida*... Cuando unas generaciones reciben de las pasadas un modo concreto de ver la vida, un ideal, un proyecto de existencia en común, se forma el concepto de *pueblo*, con su propia identidad: España, Francia, Alemania... El historiador debe adivinar, a través de la fronda de hechos históricos, el espíritu de cada pueblo, país o nación, el *proyecto* que desea realizar a través de los avatares de su historia, la forma de abordar los problemas, la fidelidad con que fue realizando dicho proyecto y, por tanto, su *vocación* y *misión*, o bien las desviaciones que padeció a ese respecto. Esta forma de analizar la historia, si está impulsada por una voluntad de verdad libre de todo partidismo, resulta extraordinariamente aleccionadora para quienes están iniciando la vida en el presente.

Un profesor de Historia no debe limitarse a narrar hechos (sucesiones dinásticas, guerras, conquistas, descubrimientos, pactos...). El impulso de la vida histórica procede de la *trasmisión de posibilidades*, y éstas se van abriendo a un

³⁷ Cfr. X. ZUBIRI, «La dimensión histórica del ser humano», en *Realitas*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1974, págs. 11-69.

pueblo en buena medida en virtud de las *metas* que cada pueblo se marca y de la *trayectoria* que sigue. Si quiere formar la personalidad de los jóvenes en su vertiente histórica, el profesor ha de enseñarles a descubrir el papel que han desempeñado los hechos en la realización del ideal del pueblo. De este modo logrará que los alumnos cobren «sentido histórico» y valoren en su justa medida lo que la Historia puede aportar y lo que excede de su competencia. Veámoslo en pormenor:

1. *El buen historiador debe ser imparcial, pero ha de partir de una concepción de la vida humana bien definida que abarque una Antropología y una Filosofía de la Historia.* Sólo esta preparación le da perspectiva para leer los hechos de forma penetrante y captar su *sentido*, más allá de su *significado* inmediato. La tarea del historiador implica búsqueda de datos, y selección e interpretación de los mismos. La *imparcialidad* no equivale a *falta absoluta de presupuestos*. Al historiador se le presupone una idea clara de lo que es el acontecer histórico y su relación con el desarrollo del hombre. Si un historiador sabe que los pueblos suelen actuar conforme a la *trayectoria* que se han marcado de forma más o menos explícita, puede adivinar, a través de la Historia española posterior a la Reconquista, una voluntad de expandir y defender la fe católica. Este descubrimiento es muy importante para comprender la línea seguida preferentemente por la política española. Un lector poco afecto a la vida religiosa o preocupado especialmente por la unidad de España con el resto de Europa y por su participación en la vida científica y técnica puede estimar que la trayectoria seguida por España fue una aventura quijotesca falta del realismo necesario en toda opción política. Esta es una interpretación, que puede ser compartida o no. El historiador cumple con su función si se esfuerza por ver en bloque la marcha de un pueblo y subraya los horizontes que se fueron abriendo o cerrando en cada momento.

Al construir el monasterio de El Escorial, Felipe II quiso ofrecer a los españoles una actividad cultural y religiosa de alcance mundial. Pero esa vía fue cegada en buena parte por sus sucesores debido a varios motivos. Es apasionante y sumamente instructivo analizar en cada encrucijada de la Historia por qué se toma una opción y se dejan otras de lado. Depende de la sensibilidad de los dirigentes, o bien de las circunstancias. En una época de florecimiento, los gobernantes españoles optaron por proseguir las acciones bélicas y privar a las universidades de la necesaria dotación. ¿Hasta qué punto provocó esta decisión la decadencia nacional? Cuestiones como ésta no son secundarias; arrojan luz para comprender la razón profunda de los vaivenes históricos.

Al estudiar cualquier época de la historia, debe tenerse en cuenta que lo sucedido no fue lo único posible. Los protagonistas podían haber seguido otras líneas de desarrollo.

2. *Estudiar lo que sucedió y lo que podía haber sucedido si se hubieran seguido otras trayectorias no resulta fácil, debido a la complejidad de las circunstancias que concurren en cada instante.* El historiador debe ser fiel a tal complejidad y no querer explicar los acontecimientos desde tesis o *ideologías* preconcebidas³⁸. Ciertos intentos de explicar la historia, de *forma unilateral*, como la marcha hacia la realización de una meta concreta (por ejemplo, la liberación de las clases oprimidas mediante cambios relativos a la propiedad de las fuerzas de producción) resultaron en parte fallidos. Pero ese fracaso provocado por la parcialidad del intento no debe llevarnos a concluir que la Historia ha de contentarse con conocimientos fragmentarios y aproximativos del acontecer histórico, sin pretender alcanzar el sentido profundo del mismo. Cómo se ha de investigar dicho sentido queda de manifiesto en los ejemplos que esbozo a continuación:

A. Estudiamos la *Historia de la Reconquista* y aprendemos multitud de datos: batallas, enlaces reales, repartición de reinos... Este bullir de acontecimientos sólo cobra sentido si a través de ellos nos hacemos una idea coherente de lo que significó esta larguísima marcha hacia la unidad. ¿Qué es lo que se quería «reconquistar»? ¿Cuál fue el impulso que alimentó durante siete siglos ese anhelo de unión? Se necesita una *clave de interpretación*. Algunos historiadores nos ofrecen la siguiente. Al ser invadida España por los árabes, se avivó en los cristianos todavía libres el recuerdo de la monarquía visigoda. Era un *ámbito de vida* creado, sobre todo, por la unidad religiosa. Germanos (godos) e hispanoromanos habían hallado un lugar de encuentro en la fe cristiana. Retornar a esa situación se convirtió en un ideal. El ideal es una *idea motriz*, porque encarna un valor muy alto. Es *irreal* porque todavía no se ha realizado. Pero es *eminentemente real* por cuanto significa un valor que pide ser asumido y tiene, en virtud de tal exigencia, una gran fuerza propulsora. No es, por tanto, algo irreal, sino más bien «ambital», es un *campo de valor* que irradia energía para configurar la vida de una determinada forma. Ese proyecto de reconquistar la unidad perdida fue confiriendo a la sociedad de la península ibérica un carácter peculiar: justo lo que se irá llamando «España»³⁹.

³⁸ Por *Ideología*, en sentido un tanto negativo, se entiende hoy un sistema de ideas que se ha quedado esclerosado por falta de flexibilidad para adaptarse a la realidad. En Ética, en Política, en Economía..., puede un grupo configurar una trama de ideas y orientaciones, y defenderlas a ultranza a lo largo del tiempo como cosa de honor, aunque no tenga razones válidas que apoyen su postura. Esa forma de pensar suele ser considerada como «ideológica». Una exposición amplia de este tema puede verse en *Hacia un estilo integral de pensar. I. Estética*, págs. 39-96.

³⁹ Cfr. J. MARIAS, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, págs. 93-95. En este punto es indispensable remitir también a las obras de Sánchez Albornoz, Américo Castro, Menéndez Pidal y Salvador de Madariaga.

B. Algo semejante cabe decir del *descubrimiento, conquista y evangelización de América*. El alumno ha de aprender mil pormenores —viajes, descubrimientos, organización de territorios...—, que se hallan en todos los manuales. La tarea específica del profesor es *interpretar* los sucesos a la luz de los documentos históricos. A menudo se limitan los historiadores y comentaristas a describir la realización concreta de la conquista y la administración de los países hispanoamericanos. Pero, en un nivel superior, habrá que examinar, a la luz de los testimonios de los protagonistas, cuál era su intención básica al iniciar esa gesta y con qué espíritu anexionaron esos pueblos. Hoy tenemos la sensibilidad muy avivada para todo cuanto pueda lesionar los derechos humanos. Mas no debemos olvidar que tal actitud está inspirada en el Derecho de Gentes que un grupo de universitarios españoles elaboraron al revisar desde el punto de vista moral lo que acontecía en América. Hemos de proceder con «sentido histórico» y no juzgar a los descubridores españoles de 1492 y a los administradores de comienzos del siglo XVI a la luz de unos principios que empezaron entonces a ser clarificados. De hecho, España fue la única nación, en toda la historia, que puso en tela de juicio su victoria y se planteó seriamente la cuestión de la conveniencia de retirarse de los países conquistados.

Este análisis ha de ser realizado, obviamente, sin la menor intención triunfalista, pero tampoco con un complejo de culpabilidad inducido desde el exterior. Con *sano realismo* han de reconocerse los errores y los aciertos, las miserias y las heroicidades. Si contemplamos la rapidez con que los conquistadores fundaron universidades, construyeron multitud de iglesias, escribieron gramáticas de las lenguas indígenas y llevaron a cabo mil labores de auténtica transmisión cultural y evangelización, podremos concluir que, por encima y más allá de las mezquindades, la gesta americana estuvo impulsada y orientada por un proyecto claro, sostenido con tesón: se intentó llevar a esas gentes recién conocidas la propia cultura y la fe cristiana. La forma concreta como se realizó tal proyecto es una cuestión sumamente compleja que debe estudiarse en pormenor. Para ello contamos actualmente con investigaciones y publicaciones de alto rango que nos permiten descubrir la trayectoria seguida por España en Hispanoamérica, y superar todo tipo de leyendas de uno u otro signo ⁴⁰.

⁴⁰ De la copiosa bibliografía disponible, citaré el magno *Corpus hispanorum de pace*, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, y cuatro obras sin duda útiles para el lector: L. PEREÑA, *Carta Magna a los indios*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1987; *Proceso a la conquista de América. Veredicto de la Escuela de Salamanca. Nuevas claves de interpretación histórica*, Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid, 1987, pág. 43. L. REDONDO, *Utopía vitoriana y realidad indiana*, FUE, Madrid, 1992; ALBERTO CATURELLI, *El nuevo mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, Edamex, México, 1991.

3. *La tarea del historiador no consiste en dejar de lado o justificar los acontecimientos que juzgue indecorosos para su patria o para las instituciones a que pertenece*; debe mostrar los *proyectos* que decidieron las *trayectorias* seguidas en un momento y otro. De esa forma es posible que, aún debiendo admitir la existencia de hechos que uno reprueba desde la situación actual, no se vea inducido a *borrar la memoria del pasado*. Una persona, un pueblo, una institución no pueden vivir con autenticidad si se alejan de sus raíces, que les facilitan, a modo de savia vital, diversas posibilidades de acción creativa. Podemos ser críticos respecto a nuestros antepasados, pero no tenemos derecho a provocar que un pueblo o una institución se sientan avergonzados de su historia y rompan todo vínculo con la tradición. Veamos un ejemplo muy significativo a este respecto: el «caso Galileo».

Con frecuencia se simplifican los hechos y se presenta a Galileo como una víctima de la aversión de la Iglesia a la investigación científica. Basta recordar una mínima parte de la cuantiosa contribución de la Iglesia católica a la cultura de Occidente (transmisión de manuscritos de la antigüedad, mecenazgo de arte, fundación de escuelas y universidades...) para advertir que tal afirmación no resiste un análisis crítico. Una visión bien diferente de los hechos se adquiere si se tienen en cuenta los datos que resumo telegramáticamente a continuación.

En tiempos de Galileo, las universidades —que suponían una gran fuerza social— veían el universo con el modelo aristotélico, según el cual la tierra es el centro de cuanto existe. La revolución de Copérnico —que asume Galileo, y según la cual la tierra gira alrededor del sol— trastruca todo este orden, sitúa a la tierra —y, en ella, al hombre— en una posición desairada, por subalterna, y deja a los titulares de las cátedras universitarias fuera de juego. Necesitamos un enorme esfuerzo imaginativo para figurarnos la conmoción que esto debió de producir en aquel medio cultural. Por otra parte, en esta época se seguía pensando, en buena medida, que la Biblia transmite conocimientos acerca de la génesis y el modo de ser del universo, a pesar de que ya San Agustín había marcado muy bien los distintos planos en que se mueven la palabra revelada de la Biblia y la investigación científica: «Algunos suelen preguntar cuál es la forma y figura del cielo que las Escrituras nos mandan creer... Brevemente diré que (...) el Espíritu Santo, que hablaba por ellas, no quiso enseñar a los hombres estas cosas que no tienen que ver con la salvación». «El Señor quería formar cristianos, no matemáticos»⁴¹. Si la nueva concepción defendida por Galileo en el plano científico contradice algunas afirmaciones de la Biblia (Josué mandó al sol que se parara, no a la tierra...), se plantea un

⁴¹ Cit. por L. M. ARMENDÁRIZ, «La creencia cristiana y la evolución», en *La evolución*, BAC, Madrid, 1966, pág. 382.

serio conflicto entre la fe y la ciencia. Dada la idea poco depurada que se tenía del valor de las indicaciones de la Biblia acerca de cuestiones no estrictamente religiosas, el conflicto parecía insoluble, y la Iglesia se decantó naturalmente en favor de la fe, no debido a enemistad alguna hacia la ciencia sino por fidelidad a sus creencias. En los últimos tiempos, los estudios bíblicos han progresado notablemente, y se ha clarificado el sentido y meta de los escritos revelados. La Biblia es una «historia de salvación», no una descripción del universo. Lo expresó certeramente y con un grano de humor el Cardenal Baronio: «La Biblia no nos enseña cómo va el cielo, sino cómo se va al Cielo». La Biblia no intenta facilitarnos conocimientos acerca del mundo; quiere otorgarnos sabiduría en orden a lograr nuestra perfección espiritual. Tan falso es decir que la Biblia se equivoca porque da por supuesto que es el sol el que gira en torno a la tierra, como afirmar que la ciencia falla al enfrentarse a la Biblia, que es palabra revelada. Se trata de dos modos de conocimiento distintos. Ni es necesario «concordar» la Biblia con las últimas investigaciones de la ciencia, ni ésta debe supeditarse a la Biblia. La ciencia y la fe tienen cometidos distintos y métodos diferentes. Son independientes y no tienen por qué enfrentarse.

Una de las actitudes del profesor de Historia que pueden contribuir en mayor medida a la formación integral de los alumnos es *no plantear nunca las cuestiones por vía de enfrentamiento*. Si es creyente, no ha de tomar las posiciones ateas como el enemigo a batir, y viceversa: si no simpatiza con la Iglesia, debe evitar ponerse por principio en contra de toda manifestación de vida religiosa. Para desarrollar la creatividad, necesitamos entreverar nuestras posibilidades y realizar grandes tareas en común. El verdadero progreso lo conseguimos *en zigzag*, corrigiéndonos mutuamente la marcha, no enfrentándonos abruptamente. Por fortuna, este espíritu de solidaridad y cooperación empieza a florecer en diversos científicos y humanistas de renombre. Heisenberg, por ejemplo, habla del Arte y la Religión con gran estima⁴². Romano Guardini, por otra parte, pide que se cultive la ciencia y la técnica con todo entusiasmo, pero de la forma más humana posible, a fin de mantener el equilibrio ecológico e incrementar la dignidad de investigadores y trabajadores⁴³. Constituye una desgracia para todos que algunos divulgadores sigan empeñados en mantener escisiones que resultan hoy día totalmente obsoletas.

4. *Si el profesor se esfuerza en superar toda suerte de prejuicios y posiciones partidistas, y adopta criterios equilibrados respecto a lo que debe ser la interpre-*

⁴² Cfr. *Diálogos sobre la Física atómica*, págs. 254-270; *Más allá de la Física*, págs. 209-251.

⁴³ Cfr. *Briefe vom Comer See* (Cartas del Lago de Como), M. Grünewald, Maguncia, 1956, págs. 87-89.

tación de los hechos históricos, que pende en buena medida de la perspectiva de quien los analiza, formará a los jóvenes en orden a comprender rectamente la historia y orientar debidamente su vida:

a) Aprenderá a no ser *unilateral* en sus juicios y decisiones.

b) Se esforzará en mirar de forma *comprometida* sus objetos de estudio. Ese compromiso implica vibración personal, simpatía y empatía. Saber mirar es un arte complejo que debemos adquirir con todo empeño, pues de él pende en buena medida la nobleza de nuestra vida.

c) Se habituará a pensar y expresarse con «sentido histórico», dando a los conceptos el sentido que tuvieron en cada época y valorando las actitudes desde la perspectiva peculiar de quienes las adoptaron.

d) Descubrirá que, para ser revolucionario en el buen sentido, es decir: para mejorar, en un aspecto u otro, el estado de cosas recibido, se debe ser «conservador», asumir activamente las posibilidades recibidas de las generaciones anteriores, no vivir proyectado hacia el futuro desde un presente vaciado de la riqueza que le otorga el pasado.

e) Advertirá que el verdadero «progreso» y el auténtico espíritu «progresista» son muy exigentes: sólo se dan cuando se ejercita la capacidad creadora en vinculación con lo mejor de la herencia recibida. No basta autodenominarse «progresista» para ser hombre de progreso. Si se piensa que el progreso acontece de modo automático con tal de practicar todo tipo de rupturas, se practica un tipo de revolución devastadora, que anula el futuro. El verdadero futuro de una persona y un pueblo debe proyectarse con un tipo de imaginación innovadora, que supone talento y gran esfuerzo.

f) Acertará a perfilar sus conceptos y a llenarlos de auténtico contenido. El concepto de *sociedad*, por ejemplo, es usado con frecuencia de modo vacío, como sinónimo de grupo social o conjunto de personas estructuradas de una u otra forma. Hay que enriquecerlo y ver la sociedad como «un sistema de vigencias» (Ortega), de usos, creencias, ideas, estimaciones y proyectos que cada persona y grupo encuentra ya diseñados en buena medida y de los que ha de partir para realizar su propia tarea en la vida ⁴⁴. Esas vigencias cambian, pero bajo ellas está latente y operante un *sujeto*, la sociedad que se va configurando a tra-

⁴⁴ Cfr. J. MARIAS, *España inteligible*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 32.

vés de los acontecimientos históricos. Al hilo de las complejidades de la historia va tomando forma un modo peculiar de ser, de actuar, de proyectar ámbitos de vida con un espíritu peculiar. Destacar esa idiosincrasia es una de las metas de la *narración histórica*, que no debe reducirse a mero relato de hechos, por bien documentados que estén; ha de intentar *dar razón* —no al modo científico, evidentemente, sino histórico— de la realidad que se va perfilando y consolidando a través de lo narrado ⁴⁵.

La Historia no es mera sucesión irracional de hechos. Tiene una razón peculiar en sí misma. Dar razón de cuanto se narra no significa proyectar sobre los hechos una explicación *subjetiva*, sino poner al descubierto el sentido interno que se alumbra en la confluencia de diversos hechos, acontecimientos y procesos. Lo decisivo no es aportar sólo datos sino ofrecer *claves de comprensión* de los mismos ⁴⁶.

g) En orden a descubrir estas claves, la producción literaria y artística de un pueblo sirve de gran ayuda, porque los artistas y literatos de calidad se mueven en planos de creatividad y apuntan siempre a lo esencial a través de las manifestaciones concretas de la vida; se elevan por tanto a lo *universal* sin caer en lo *abstracto*.

b) Para descubrir claves certeras de interpretación de un período histórico hay que cumplir dos condiciones básicas: tener ante la vista el decurso *íntegro* de los acontecimientos, sin recortes partidistas, y poner en juego la *imaginación creadora*. No basta ver los hechos, hay que saber mirarlos con penetración para descubrir los proyectos a que responden, las trayectorias en que se inscriben, las estructuras que van contribuyendo a formar. Al penetrar hasta ese nivel profundo, pueden descubrirse *trayectorias* que no se han seguido, pudiendo haberlo hecho, y *estructuras de vida* que no han llegado a configurarse, aún contando con elementos suficientes para ello. La sociedad medieval española era todo un ámbito de vida, fruto de una confluencia de influjos múltiples: influencia del cristianismo, lucha con el Islam, feudalismo, uso del latín en las clases altas, la memoria de Roma y la cultura clásica, la irradiación del Sacro Imperio... Impulsada por estos elementos culturales, sociales y religiosos, la sociedad fue siguiendo una trayectoria deter-

⁴⁵ Sobre el método narrativo, *cfr.* mi *Metodología de lo suprasensible*, Madrid, 1963, págs. 122-139.

⁴⁶ J. MARÍAS destaca enérgicamente la necesidad de poner en juego una «razón histórica» en la interpretación de los acontecimientos. Sobre este modo peculiar de «razón», *Cfr.* mi obra *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*, Guadarrama-Labor, Madrid, 1952, págs. 233, 243, 422, 425.

minada que le confirió una estructura peculiar. Pero ésta no fue resultado de un proceso fatal. El camino seguido fue determinado en gran medida por un *proyecto vital*, inspirado en una *vocación* o *misión*.

El profesor de Historia ha de consagrar tiempo a destacar esa fuerza latente que orienta a las diferentes personas y grupos en una dirección precisa, con independencia de sus caracteres peculiares. Un joven español del siglo xvi vivía en un ambiente que lo llevaba con facilidad a alistarse en las misiones o en la milicia. Ambas tareas eran como dos corrientes de fondo que marcaban sendas direcciones en la vida. «... Cada raza (es) un ensayo de una nueva manera de vivir, de una nueva sensibilidad —escribe Ortega—. Cuando la raza consigue desenvolver plenamente sus energías peculiares, el orbe se enriquece de un modo incalculable: la nueva sensibilidad suscita nuevos usos e instituciones, nueva arquitectura y nueva poesía, nuevas ciencias y nuevas aspiraciones, nuevos sentimientos y nueva religión»⁴⁷. Cuando esas corrientes culturales y religiosas perduran durante cierto tiempo, crean una sensibilidad espiritual peculiar, y ésta se irradia a todas las vertientes de la vida social: instituciones, usos, arte, arquitectura, literatura, religión... «Un pueblo —explica Ortega— es un estilo de vida, y, como tal, consiste en cierta modulación simple y diferencial que va organizando la materia en torno»⁴⁸.

Esta materia se organiza de una forma u otra según la *trayectoria* seguida. «Un pueblo es auténtico —comenta Marías— cuando sigue las trayectorias más fecundas y hace lo que 'tiene' que hacer»⁴⁹. ¿Tuvo España que combatir en Lepanto y desangrarse en hombres y bienes? No es fácil la respuesta. Si es cierto que, de no haberlo hecho, Europa se hallaría hoy en un estado semejante al del norte de África, tenderemos sin duda a contestar afirmativamente. No olvidemos lo que significó el peligro otomano para la Europa libre. ¿Valía la pena conservar la libertad y la autenticidad cultural y espiritual de Europa? Ya sabemos que en Historia no pueden darse respuestas contundentes porque el conocimiento histórico no es apodíctico. Pero una inteligencia habituada a contemplar el ocurrir histórico puede llegar a convicciones muy firmes, aunque no sean demostrables al modo científico. Es tarea del profesor cultivar ese tipo de inteligencia en los alumnos.

⁴⁷ Cfr. *Obras Completas*, t. I, Revista de Occidente, Madrid, 1963, pág. 362.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Cfr. *op. cit.*, pág. 50.

III

LA FILOSOFÍA Y LA MÚSICA

La Música tiene una capacidad formativa extraordinaria cuando se ahonda en su sentido más profundo y se la practica de modo creativo. El intérprete y el oyente han de *recibir activamente* las posibilidades que cada obra les ofrece. Esa forma de *recepción activa de posibilidades* es la quintaesencia de la creatividad. La música promociona de modo especial la capacidad creadora de quienes la cultivan por cuanto —a una con la danza y el teatro, artes «temporales»— tiene que ser recreada una y otra vez para gozar de existencia *real*, no sólo *virtual*. Por esta profunda razón insta a que se la asuma de modo activo. Todo valor pide ser realizado. El valor propio de la música acrecienta esta solicitud de modo especialmente enérgico.

Por hallarnos en el área cultural de Occidente y ser pedagógicamente recomendable, limitaremos nuestro análisis a la música *tonal*. Abordar otras formas de composición exigiría un espacio del que aquí no dispongo. A modo de orientación, indicaré algunos aspectos de la música que pueden jugar un papel formativo relevante por cuanto colaboran a profundizar en los temas clave que surgen a lo largo del *proceso formativo* expuesto en el Capítulo II.

1. *La música nos acostumbra a pensar, sentir y actuar de modo «relacional»*. Un sonido a solas no tiene valor musical. Lo adquiere al entrar en relación con otro. A solas, el *do* y el *sol* no presentan interés estético. El intervalo *do-sol* encierra ya un gran interés. Tomados individualmente, los sonidos que integran la escala tienen un *significado*: responden a un determinado número de vibraciones y ostentan una altura determinada. Pero no presentan un *sentido* musical. Este depende de su relación mutua. Vinculados entre sí, forman un *hogar expresivo*, rebosante de posibilidades. Este hogar tiene dos ejes básicos. En el hogar familiar, los ejes que impulsan y ordenan el movimiento de quienes lo componen son el padre y la madre. El padre impulsa; la madre acoge, aúna. En el hogar musical, los ejes vienen dados por la *tónica* y la *dominante* (*do* y *sol*, *re* y *la*, por ejemplo⁵⁰). Cuando

⁵⁰ Sobre la importancia de la «quinta» o «dominante» y su relación con el sentimiento musical, entendido en todo su alcance, véase la luminosa conferencia pronunciada en las «Conversaciones de Ginebra» por el gran director de orquesta y esteta musical E. ANSERMET, «La experiencia musical y el mundo de hoy». Cfr. CASSOU y otros, *Coloquios sobre arte contemporáneo*, Guadarrama, Madrid, 1958, págs. 77-139 (*Écrits sur la musique*, A la Baconnière, Neuchâtel, 1971, págs. 39-71). Una amplia y profunda exposición de su pensamiento se halla en la obra *Les fondements de la musique dans la conscience humaine*, 2 vols., A la Baconnière, Neuchâtel, 1981. El reciente libro de E. SCHADEL, profesor de

una melodía se teje en torno a ellos, muestra una especial serenidad, un espíritu confiado. Si se aleja, adquiere cierto carácter inquietante. Como modelo de sosiego en el dolor y en la exultación pensemos en el Requiem gregoriano y en el Sanctus de la Misa en IV tono.

Los cuatro elementos básicos de la música —ritmo, melodía, armonía y timbre— poseen valor musical merced a la relación mutua de diversos elementos expresivos. El ritmo, por ejemplo, nace de una repetición de sonidos, pero tal repetición sólo encierra valor estético cuando no es puramente *mecánica*, sino que funda un *ámbito expresivo*. Las cuatro notas del *tema masculino* del primer tiempo de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven unen su poder expresivo para crear un *ámbito de apelación*, una especie de llamada o aldabonazo. Ese carácter de *ámbito* (o «fuente de posibilidades») les permite a estas notas unirse a otras y formar frases musicales. Esta intervencionalidad de elementos expresivos da lugar a las diferentes partes de las formas musicales (*exposición, desarrollo, etc.*). De este modo relacional se «componen» las obras. Es magnífico descubrir cómo de una célula musical brevísima se deriva una obra extensa. La *Appassionata* de Beethoven arranca de las tres notas iniciales (*do, la, fa*) y se nutre constantemente de ellas.

Encierra el mayor interés formativo que el alumno, al interpretar música o sencillamente oírla, sienta su carácter relacional y el inmenso poder expresivo que genera la interrelación de sus diversos elementos. Estará, con ello, afirmando en su interior una idea decisiva en la vida humana: *las formas de unión valiosas encierran una fecundidad insospechada*. Recuérdese la frase de M. Buber: «El que dice *tú* a otro no tiene nada, no posee nada. Pero está en relación»⁵¹. El alumno que, a través de su experiencia musical, haya adquirido una idea muy positiva de la relación se percatará enseguida de que *estar en relación*, o mejor: *estar creando relaciones* presenta un valor muy superior al hecho de tener y poseer realidades objetivas.

La música es relacional por esencia y consiste en entreverar ámbitos expresivos. De ahí su capacidad para fomentar en el hombre la *vida espiritual*, que es vida de *interrelación creadora*⁵². Nada ilógico que la práctica de la música haya

la Universidad de Bamberg (Alemania), *Musik als Trinitätssymbol. Einführung in die harmonikale metaphysik* (Peter Lang, Francfort, 1995) ofrece una solidísima explicación del carácter *relacional* de la música. Su lectura confirma, e incluso amplía en diversos aspectos, lo que afirmo en este apartado sobre el poder formativo de la experiencia musical.

⁵¹ Cfr. *Ich und Du*, en *Schriften über das dialogische Prinzip*, pág. 8; *Yo y tú*, pág. 10.

⁵² Por eso va vinculada radicalmente a la palabra, como supo destacar genialmente F. EBNER. Cfr. *Pensadores cristianos contemporáneos*, BAC, Madrid, 1968, págs. 115-280; «La antropología dialógi-

ido ligada desde antiguo a todo género de celebraciones humanas, entre las que descuellan los ritos religiosos ⁵³.

2. *La música nos enseña a no quedarnos en las impresiones primeras, vibrar con el todo y captar la vinculación de palabra y silencio.* Merced a su carácter relacional, en la música todo vibra con todo: un tema con otro, una frase con otra, un tiempo con otro. Mozart reveló a su padre Leopoldo que, al terminar de componer una obra, la veía «toda de golpe». Esta visión sinóptica constituía para él un «banquete», según propia expresión ⁵⁴. Hay que conseguir que el alumno sienta vibrar toda una obra en el acorde inicial. Piénsese en el de la sonata «Patética» de Beethoven. Ese acorde sombrío en do menor nos revela *toda la obra*, aunque no *la obra toda*. Entramos en relación de *presencia* con ella, nos *encontramos* desde el primer momento. Pero luego debemos captar el valor expresivo de cada uno de los temas y vincularlos entre sí. Conviene para ello que el alumno se haga cargo de los temas principales antes de oír la obra, a fin de que pueda seguir con nitidez la marcha de cada uno de ellos, sus transformaciones y desarrollos, sus luchas con los demás, sus entreveramientos... Esta forma «holista» de oír las obras que anuda las partes entre sí y con el todo e interpreta cada pormenor con el impulso que procede del conjunto es posibilitada por el lenguaje musical mismo, que, merced a su condición relacional, lleva en sí el poder y la necesidad de crear vínculos.

De aquí se deriva que el lenguaje musical de calidad sea *silencioso*. El silencio auténtico no es la mera falta de sonidos, sino la capacidad de atender simultáneamente a distintos aspectos de la realidad. El silencio es un *campo de resonancia*. Dices una palabra, y en ella vibran diversas realidades que van unidas con la realidad aludida directamente. Es cierto que los sonidos musicales emergen del silencio, entendido ahora como *ausencia de ruido*. Piden que se haga silencio. No resaltan sino en un ámbito de silencio y recogimiento, visto como cese de la agitación extrovertida. Pero encierra todavía un valor educativo mayor subrayar que el sonido musical debe ser *en sí mismo* silencioso, lo mismo que sucede con las pala-

ca de F. Ebner», en J. DE S. LUCAS (ed.), *Antropologías del siglo xx*, Sígueme, Salamanca, 1968, págs. 149-179. Sobre la relación entre vida espiritual, vida interior, vida reflexiva y vida religiosa, *cfr. El encuentro y la plenitud de vida espiritual*, Madrid, 1990, págs. 245-266.

⁵³ Algunos testimonios muy expresivos del papel promotor de vida espiritual que desempeña la música sacra pueden verse en *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid, 1990, págs. 175-195.

⁵⁴ *Cfr. «Auszüge aus Mozartbriefen»*, en *Das Musikleben*, Maguncia, I (1948). Sobre el carácter relacional de la belleza, *cfr. El triángulo bermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Madrid, 1971, págs. 185-223.

bras auténticas. Cuando tocas una melodía o un acorde, o los oyes, debes hacerlo desde el recogimiento necesario para sentirlos vibrar con otros acordes y otras melodías. Cada pormenor de una obra cobra su auténtico *sentido* cuando se lo ve inserto activamente en el conjunto⁵⁵.

La flexibilidad de mente que vamos adquiriendo nos permite descubrir que podemos ser a la vez «autónomos» y «heterónomos», libres y ateniados a normas. El buen intérprete obedece a la partitura, que es la que encauza su actividad artística, y, al hacerlo, se siente plenamente libre, con un tipo de *libertad creativa*. No puede salirse de ese cauce, debe limitar su «libertad de maniobra», pero esa limitación es la que hace posible su auténtica libertad como intérprete.

La experiencia de aprendizaje de una obra musical presenta un gran valor formativo por cuanto nos revela cómo se articula internamente un proceso creador. El intérprete coloca sobre el atril del piano la partitura de una obra que desconoce. Esta se halla lejos de él; cerca está sólo la partitura. Empieza a re-crear sobre el teclado las formas musicales. Lo hace de forma tanteante, a impulsos de la obra misma que desea conocer. Es sorprendente y fecundísimo: *va buscando algo en virtud de la fuerza que irradia aquello mismo que todavía no conoce del todo*. Llega un momento en que la obra le indica que su poder expresivo se halla patente de modo luminoso. El intérprete se mueve ya con absoluta libertad por las avenidas de la obra. Podríamos decir que la *domina*. La domina porque *se deja dominar* por ella. Pero aquí recibimos la primera gran lección: *en este nivel de creatividad nadie domina a nadie*. El artista *configura* la obra en cuanto *se deja configurar* por ella. Cuando se vive creativamente, no interesa dominar y poseer, sino enriquecerse mutuamente. Es una experiencia *reversible* de *plenificación*. En ella cobra conciencia el intérprete de que no se basta a sí mismo, ya que para ser creativo debe recibir las posibilidades que le otorgan las partituras y los instrumentos. Pero también éstos adquieren todo su sentido al ser asumidos activamente por el intérprete. En esa experiencia de configuración mutua, la obra se le hace presente al que la está configurando. Este mira la partitura, pero ya no la ve. Lo que tiene ante su atención es la obra plenamente configurada. Toca el piano con sus dedos, pero ya no repara en él. Con lo que se halla en contacto verdaderamente es con la obra. Piano y partitura se hacen *transparentes* cuando la creatividad es perfecta. Siguen ahí ejerciendo su función, pero no se interponen entre la obra y el artista. Son el lugar en el que la obra se hace presente al intérprete. Al ser asumida por éste como

⁵⁵ Sobre los diversos modos de palabra y silencio, y la relación de complementariedad que media entre la palabra auténtica y el silencio auténtico, *cfr. Estética de la creatividad*, págs. 331-357; *Inteligencia creativa*, págs. 193-207.

algo propio, deja de serle distante, externa y extraña para convertirse en *íntima*, aun siendo distinta ⁵⁶.

Una realidad es íntima cuando crea con nosotros un campo de juego común, una relación de encuentro. En este campo se supera la escisión entre el *fuera* y el *dentro*, lo *exterior* y lo *interior*. Por eso el intérprete, al obedecer a la partitura, no se entrega a algo ajeno, no se enajena o aliena; gana su plena libertad creadora y su total *identidad* como artista. Se ajusta a un cauce que le viene marcado desde *fuera*, por alguien *distinto* de él y en principio *distante* y *ajeno*. Pero ese cauce se ha convertido en su *voz interior*. Al ajustarse a él, sigue el impulso que le viene dictado por su propia musicalidad. Es por tanto *autónomo* (se rige por una ley propia), aun siendo *heterónimo* (ya que tal criterio le vino sugerido desde fuera). Aquí se alumbró una clave de orientación decisiva: *Puedo actuar en virtud de criterios que me fueron sugeridos de fuera y no ser «heterónimo», como puedo dedicarme por amor a cuidar a las personas que me rodean y no estar «descentrado»*. Mi verdadero centro es el estado de apertura a los demás. Mi auténtico criterio de acción es el que me impulsa interiormente hacia la realización de algo valioso. No importa el origen de tal criterio, norma o cauce de acción. Lo decisivo es su capacidad de promocionarme hacia modos de actuación sumamente eficaces y valiosos.

A la luz del análisis de la experiencia musical puede edificarse toda una doctrina ética. Los grandes filósofos contemporáneos Louis Lavelle y Gabriel Marcel lo muestran brillantemente en algunas de sus obras. En *Cinco grandes tareas de la filosofía actual* ⁵⁷ muestran cómo la experiencia musical nos permite comprender la descripción que hace Lavelle de la experiencia ética y la metafísica. La vida ética llega a madurez cuando el hombre es capaz de sacar pleno partido a las realidades materiales e incluso a las corpóreas sin *fusionarse* con ellas, antes tornándolas «transparentes», uniendo la máxima eficacia y la máxima discreción. El hombre éticamente maduro elige siempre en virtud del ideal; pone en juego los medios necesarios para conseguirlo, pero no los convierte en metas; hace que el ideal se realice merced a ellos y aparezca en ellos como al trasluz. En este caso ejercen función «mediacional», no «mediatizadora». Esta distinción luminosa queda patente en la experiencia de interpretación musical ⁵⁸.

⁵⁶ Una amplia descripción de esta experiencia de interpretación musical puede verse en *Inteligencia creativa*, págs. 105-111; *La experiencia estética y su poder formativo*, págs. 80-84.

⁵⁷ Gredos, Madrid, 1977, págs. 161-167.

⁵⁸ Un pensamiento afín lo encontramos en G. MARCEL. *Cfr. op. cit.*, págs. 168-180; *La experiencia estética y su poder formativo*, págs. 73-96.

3. *La experiencia de interpretación musical nos revela la posibilidad de ser a la par a) dependientes de otras realidades y creativos, b) independientes y solidarios.*

a) El intérprete sabe muy bien que sin él no existiría realmente la obra, que en la partitura se halla en estado virtual y necesita ser puesta en acto. Pero nadie más consciente que él de que su actividad creativa pende de la obra. Cuando se canta una obra polifónica, las diversas voces entran y salen del edificio sonoro que ellas mismas están construyendo. Lo hacen con la libertad y el gozo que uno siente al relacionarse con su propio hogar. Pero lo curioso y lo enigmático es que ellas están creando ese hogar y al mismo tiempo se sienten amparadas por él, impulsadas, acogidas, nutridas musicalmente.

Algo muy afín sucede en nuestra relación con las instituciones: familia, colegio, club, Iglesia... Las configuramos sus miembros, pero ellas nos forman en buena medida a nosotros. Aquí vemos cómo la música clarifica la experiencia básica de la vida creativa del hombre: *Yo me pongo a disposición de algo que pende de mí para existir, pero al mismo tiempo se me presenta como superior a lo que yo soy y a cuanto puedo dar de mí.* Marcel lo describe con toda precisión: «La música, en su verdad, me ha aparecido siempre como una llamada irresistible de aquello que en el hombre supera al hombre, pero también lo funda»⁵⁹. Marcel supo expresar con fuerza inigualable que en la música participamos de una fuente de energía que nos viene dada pero necesita de nosotros para tomar cuerpo sensible. En la experiencia musical de calidad sentimos algo poderoso, fuertemente expresivo, que nos invita a participar de su energía y nos llena interiormente si respondemos a tal apelación. Pregúntale a Mozart si existe *la* música. «Por supuesto, te contestará. Es mi vida, mi ideal, mi impulso, mi razón de ser...». «Pero la música la creas tú», puedes argüirle. «De ningún modo, te corregirá él. Ella me crea a mí como músico. Yo *configuro* obras, pero no *creo* la música. Tengo “musicalidad”, sentido para la música, pero la música me viene dada. Es distinta de mí, superior a mí. Yo participo de ella, y mis obras son fruto de este vínculo nutritivo». Lo que Mozart afirma aquí de «la música», Marcel lo aplica además al «ser», y elabora toda su metafísica desde el horizonte que le abrió la experiencia musical.

b) Cada voz en la polifonía y cada grupo instrumental en la orquesta gozan de *total independencia* respecto a los demás. Nadie puede inmiscuirse en la tarea de los otros. Pero cada uno, al iniciar su labor re-creadora de la obra con total

⁵⁹ Cfr. *L'esthétique musicale de Gabriel Marcel*, Aubier, París, 1980, pág. 112. Véanse otros textos en *La experiencia estética y su poder formativo*, pág. 77.

independencia, vibra con los demás, atempera su volumen, ajusta su ritmo. El fruto de esta unión de total solidaridad y total independencia es una perfecta *armonía*, fuente de belleza y de bondad. *Una interpretación musical de calidad es un modelo perfecto de convivencia familiar y social.*

Como ser individual, debo preocuparme por mi suerte, por la buena marcha de mi salud y de mis proyectos, pero con la misma intensidad he de atender a las necesidades de los demás, que son otros tantos centros de iniciativa, llamados a crear conmigo un campo de armonía, belleza y vitalidad. Todos estamos llamados a realizarnos, pero esta realización se da al crear en común algo valioso, que pende de nosotros en buena medida y al mismo tiempo nos enriquece y nos permite darle una forma de existencia concreta. La experiencia de interpretación musical nos hace ver y sentir con toda nitidez que, si el compañero de juego baja de nivel, pierde energía o calidad, queda dañado el efecto de conjunto. Estamos todos en el mismo barco, entregados a la tarea de desarrollarnos como personas, y toda persona sólo crece comunitariamente, fundando vida de comunidad. El *otro* no es nunca en la música el *enemigo*, el usurpador de la propia personalidad, el que achica nuestro ámbito de vida. Al contrario, es el polo necesario para que podamos instaurar encuentro, vida comunitaria, campos de juego, de auténtica libertad y de realización plena. En la música sentimos la necesidad imperiosa de los otros para realizarnos como músicos, y agradecemos que existan y que accedan a colaborar con nosotros. «No hay soledad. Hay luz entre todos. Soy vuestro», escribió certeramente Jorge Guillén. Y G. Poulet comenta: «Yo soy, pero soy por la gracia del aire y de la luz, por la revelación de un mundo cuya admirable esfericidad se concentra en mí, como se redondea en torno a mí mi deseo de abrazar la esfera. Yo me descubro como el punto mediano de las cosas. Ellas culminan en mí, como yo me dilato en ellas»⁶⁰. Esta vinculación fecunda del yo y su entorno se vive con intensidad en la experiencia musical.

Cuando aprendemos el arte, típicamente musical, de vivir relacionamente, tan atentos al cultivo del propio yo como vertidos al cuidado de los otros, adquirimos un maravilloso equilibrio interior.

CONCLUSIÓN

Todas las áreas de conocimiento, estudiadas a la luz que desprende la reflexión filosófica auténtica, contribuyen desde diversas vertientes a configurar una

⁶⁰ Cfr. *Les métamorphoses du cercle*, Plon, París, 1961, pág. 518.

imagen del hombre tan rica de matices que suscita nuestra admiración. Esta reacción de asombro ante lo que somos y lo que debemos llegar a ser nos pone en camino de una realización personal plena, pues en casos normales suele darse la correspondencia entre teoría y práctica que destacó el gran Schelling: «El hombre se hace más grande a medida que se conoce a sí mismo y descubre la fuerza que tiene. Avivad en él la conciencia de lo que *es*, y aprenderá pronto a ser lo que *debe* ser; haced que se respete a sí mismo en el nivel *teórico*, y el respeto *práctico* no se hará esperar»⁶¹.

⁶¹ *Vom Ich als Prinzip der Philosophie*, Frommann-Holzboog, Stuttgart, 1980, págs. 77-78.

